LA NOVELA DE LA REVOLUCION MEXICANA

POR

LUIS ARTURO CASTELLANOS

Dentro del conjunto de creaciones de la novela hispanoamericana, el grupo de los narradores de México que ha buscado tema en la Revolución es uno de los más poderosos y llenos de interés. La misma experiencia generacional los aúna en una serie de caracteres comunes, que se imponen a pesar de las diferencias ideológicas. Tal experiencia está dada por el estallido del movimiento insurreccional de 1910 y sus sucesivas etapas de éxitos y de frustraciones.

Después de un largo gobierno de Porfirio Díaz, que en repetidas reelecciones llegó a prolongarse por más de veinticinco años, en 1910 estalló un movimiento revolucionario encabezado por Francisco Madero que, con su Plan de San Luis de Potosí, reclamaba «sufragio efectivo, no reelección». No había, en esas simples consignas, el profundo sentido social que la revolución tomaría de inmediato, cuando comenzaran a aparecer caudillos surgidos de la entraña popular, como Doroteo Arango —que haría famoso su seudónimo de Pancho Villa— y Emiliano Zapata, el líder agrario del Estado de Morelos.

Las estructuras del régimen porfirista se cuartean; el ejército federal no puede detener el avance de los guerrilleros revolucionarios y, con la renuncia del dictador, después de los pactos de Ciudad Juárez, se instaura un gobierno provisorio que había de presidir las nuevas elecciones. Claro está que, en definitiva, esta primera sacudida revolucionaria no había modificado la estructura social imperante, porque dejaba intactas las fuerzas que habían sostenido a la dictadura. Un hombre que había pertenecido al régimen, pero se había entregado fervorosamente a la causa de Madero, un estadista que luego tendría importancia trascendental en los destinos revolucionarios, Venustiano Carranza, dijo entonces: «Revolución que transa, es revolución perdida». Los hechos se encargarían de darle la razón, porque la generosidad de Madero en Ciudad Juárez sería pagada con el crimen.

Cuando se realizan las elecciones generales que preside el gobierno provisorio triunfa, con adhesión popular nunca registrada hasta entonces, el binomio Madero-Pino Suárez. Al hacerse cargo aquél de la Presidencia, una de las decisiones primeras fué licenciar a las fuerzas revolucionarias; las conceptuaba ya innecesarias, porque el viejo ejército

federal, las tropas regulares de la nación, serían el sostén de las autoridades constituídas. La decisión había de serle fatal.

Algunos jefes revolucionarios, como Orozco y Zapata, se negaron a licenciar a sus hombres. El caudillo de Morelos dice que sólo lo hará cuando las tierras sean entregadas a los campesinos. Y pronto juzgará a Madero traidor a la Revolución y lanzará su famoso plan agrario, el de Ayala, así como Orozco, por su parte, ofrecerá el Plan de la Empacadora.

En el año 1913 la situación tiene un vuelco. Después de algunos intentos fallidos de los partidarios del antiguo régimen, estalla una revuelta en la propia ciudad de México, sede del gobierno, que es encabezada por los generales Reyes y Félix Díaz, sobrino del derrocado dictador. Es la decena trágica, durante la cual se lucha en las calles de la capital, aunque la prolongación del conflicto, que pudo ser dominado sin esfuerzos mayores, obedecía a causas más profundas. El jefe de las fuerzas de represión, miembro de aquel ejército federal y regular en cuya fidelidad a la ley confiaba Madero, Victoriano Huerta, pacta con los rebeldes —pacto realizado con la anuencia del embajador de Estados Unidos, a espaldas de su propio gobierno, y en el local de la misma embajada— y el resultado es el ascenso del propio Huerta al gobierno, facilitado por el Congreso (al que se amedrenta con la amenaza de la intervención extranjera). Sigue a ello el asesinato alevoso de Madero y de Pino Suárez, que habían renunciado a sus investiduras.

Se abre así una nueva etapa, mucho más sangrienta que la anterior, en el proceso revolucionario. La autoridad del usurpador es desconocida por algunos jefes de Estados. Carranza, que lo era de Coahuila, se designa primer jefe del Ejército Constitucional, y encabeza la lucha contra Huerta. Excepto Orozco, que traiciona a la revolución de 1910, todos los hombres de ésta se unen a la nueva cruzada: Villa, que reaparece en el Norte, y Zapata, incansable en su prédica campesina. Huerta es derrotado y debe huir; la Revolución, triunfante, empieza a deshacerse en las luchas de predominio entre sus mismos jefes. Villa y Carranza chocan y se separan para siempre; Zapata vuelve a quedar aislado en su fortaleza de Morelos, hasta su asesinato en 1919. Y Carranza, después de eliminar obstáculos, pasa a ejercer el Poder Ejecutivo y es designado presidente para el período de 1916 a 1920. El mismo Carranza es quien institucionaliza la Revolución, con la Constitución de 1917.

Esa Constitución recoge las principales realizaciones logradas ya por la Revolución mexicana, y sus proyectos para futuros avances. Así, en el artículo 27, no solamente se alude a las soluciones de la cuestión agraria, sino a otro problema no tratado todavía por nadie: el de la nacionalización de la propiedad del subsuelo, que se declara inalienable e

imprescriptible. En el artículo 123 del texto constitucional se echan las bases de la legislación obrera vigente desde entonces, y hasta hoy, en la nación mexicana. Y el artículo 130 fija la política gubernamental en materia religiosa, y la relación con los ministros del culto. Este artículo iba a traer, como lamentable resultado, la persecución religiosa de 1926-29, y fué la consecuencia directa de la infiltración en las filas revolucionarias del sectarismo del Partido Liberal, que en su programa de 1906 propiciaba postulados como los siguientes: «Los templos se consideran como negocios mercantiles, quedando, por tanto, obligados a llevar contabilidad y pagar las contribuciones correspondientes». «Nacionalización, conforme a las leyes, de los bienes raíces que el clero tiene en poder de testaferros.» «Supresión de las escuelas regentadas por el clero.»

También el artículo 27 había de despertar la oposición directa, y la encubierta, de las empresas y de los consorcios petroleros de que éstas dependen. Tan enormes intereses económicos fomentaron rebeliones, tuvieron a su servicio jefes militares que las organizaran y encabezaran, para tratar en toda forma de frustrar la política de nacionalización que llevó a cabo, al fin, el presidente Cárdenas. Todo este proceso, unido a otros mil, estará presente en la novelística de la Revolución.

Hemos tenido que comenzar con esta esquemática visión del conjunto de los sucesos políticos y sociales, porque todos ellos laten en las narraciones del grupo de artistas que han dado a México lugar de preeminencia en el arte de la novela. Y porque así entendemos mejor el porqué de las diversas posiciones con respecto a cuándo y cómo termina el ciclo revolucionario. Hemos dicho ya, en un trabajo sobre Azuela: «Hay quienes cierran la historia de la Revolución mexicana con el asesinato de Venustiano Carranza en Tlaxcalontongo; otros podrían ver su fin al alcanzarse la paz religiosa durante el interinato de Portes Gil; unos terceros con la nacionalización del petróleo por Lázaro Cárdenas, el más fecundo también de todos los gobernantes mexicanos en cuanto al proceso de la revolución agraria, con la entrega de tierras a las masas rurales. Y, por último, no pocos pensamos en que ninguna revolución termina definitivamente, y en que la mexicana sigue su marcha, y no podrá darse por cumplida mientras persistan irritantes diferencias sociales, con condiciones de miseria para vastos sectores.»

Vamos, pues, ahora, a referirnos a algunos de los aspectos de esta novelística de la Revolución, cuyos caracteres comunes queremos definir primeramente. Se ha dicho que el primero de ellos (la opinión pertenece a Antonio Castro Leal, titular de la cátedra sobre «La novela de la Revolución mexicana» en la Universidad Nacional de ese país) es la condición de novelas con reflejos autobiográficos. Ello se advierte en libros como *Los de abajo,* de Azuela; *El águila y la serpiente,* de Guz-

mán; el *Ulises criollo,* de José Vasconcelos; *Las manos de mamá* y *Cartucho,* de Nellie Campobello; *Memorias de un lugareño,* de José Rubén Romero; *Tropa vieja,* del general Urquizo; *La virgen de los Cristeros,* de Fernando Robles, por mencionar sólo algunos nombres, de tendencias bien disímiles.

Otro carácter distintivo es el de ser novelas de cuadros y visiones episódicas, es decir, muy sueltas, poco armadas argumentalmente, a modo de estampas o fogonazos de cámara fotográfica. Ello es válido para gran parte de Azuela, para Campobello, para Vasconcelos, para Romero; sólo parcialmente para Guzmán; acaso menos para Mancisidor o Magdaleno, cuyos libros tienen una línea argumental bien precisa, a veces.

Por último, los dos caracteres que restan, en la opinión mencionada de Castro Leal, son los de expresarse como novelas de esencia épica y de afirmación nacionalista. Vale la pena detenerse en este último aspecto.

El sentimiento nacionalista es muy fuerte en toda la América Hispánica; en México, con la vecindad de Estados Unidos, toma fuerza indudablemente incontrastable. Toda la Revolución tuvo ese carácter bien marcado, y se prueba en mil detalles, pero sobre todo en la energía con la que Carranza defendió la soberanía de su país frente a los peligros de intervenciones yanquis, como podemos comprobarlo con la lectura de documentos en la *Historia diplomática de la Revolución mexicana,* de Isidro Fabela, miembro del departamento de Relaciones Exteriores durante el gobierno de don Venustiano. Fueran cuales fuesen los errores cometidos por los jefes de la revolución, nadie podrá en justicia negarles un firme sentimiento de patria, que los une a todos, por encima de disensiones y conflictos internos.

Hay en todo esto una clara trayectoria, que define también la actitud española, la tradición hispánica en los mejores de sus hombres. Recordamos, al respecto, la carta de Jovellanos al general Sebastiani, en que responde a las afirmaciones del jefe francés sobre los fines que sus tropas pretendían alcanzar en España, y le dice: «En fin, señor general, yo estaré muy dispuesto a respetar los humanos y filosóficos principios que, según decís, profesa vuestro rey José, cuando vea que ausentándose de nuestro territorio reconoce que un país cuya desolación se hace en su nombre por vuestras tropas, no es el campo más propicio para desplegarlos.» O cuando afirma: «No lidiamos, como pretendéis, por la Inquisición, ni por soñadas preocupaciones, ni por el interés de los grandes de España; lidiamos por los preciosos derechos de nuestro rey, nuestra religión, nuestra Constitución y nuestra independencia.»

Es decir, que sin discutir los méritos que Francia pueda acreditar en cuanto a la práctica de los derechos del hombre, exige que España pue

da cumplir el ciclo por sí, sin interferencias extrañas, y reclama que los problemas de los españoles los resuelven los españoles mismos.

No de otro modo procede Carranza ante hechos como la ocupación de Veracruz por la infantería de marina norteamericana, aunque esa decisión del presidente Wilson se hubiera adoptado con la mira de apoyar a la Revolución, para impedir el desembarco de armas alemanas para el usurpador Huerta, y para tomar reparación de los sucesos de Tampico. Las palabras de Carranza son claras y enérgicas: «...interpreto los sentimientos de la gran mayoría del pueblo mexicano, que es tan celoso de sus derechos como respetuoso de los derechos ajenos, y os invito a suspender los actos de hostilidad ya iniciados, ordenando a vuestras fuerzas la desocupación de los lugares que se encuentran en su poder, en el puerto de Veracruz, y a formular ante el gobierno constitucionalista que represento, como gobernador constitucional del estado de Coahuila y jefe del ejército constitucionalista, la demanda del gobierno de los Estados Unidos originada por sucesos acaecidos en el puerto de Tampico, en la seguridad de que esa demanda será considerada con un espíritu de la más alta justicia y conciliación.» Rechazaba de esa manera el desafuero cometido por el presidente Wilson, aunque al parecer pudiera serle útil. Por cierto que no fué así, y que la agresión de Veracruz permitió a Huerta asumir la posición, mentida, de defensor de la soberanía mexicana atacada por los Estados Unidos, e intentar el esfuerzo de reunir detrás de sí a sus compatriotas. Por lo demás, algunas actitudes, y ciertos artículos de la prensa yanqui, parecían destinados a fomentar el odio de los mexicanos contra la nación vecina, cuya falta de tino ha sido causa, muchas veces, de males irreparables. Sobre ello volveremos luego, al ocuparnos de *El Rey Viejo,* la notable novela de Fernando Benítez.

La clara pasión por la soberanía de su país, el limpio nacionalismo que constituye uno de los más preciados tesoros de Hispanoamérica, constante en los mejores hombres de la Revolución, se espeja de manera cabal en la novelística revolucionaria, desde la que fué casi contemporánea de los sucesos hasta la de nuestros días. En esto un marxista como Mancisidor coincide con un católico como Fernando Robles; y *Frontera junto al mar* se hermana con *La virgen de los Cristeros.*

Ese sentido nacional pocas veces se ha expuesto con más conmovedora fuerza que en el capítulo de *El águila y la serpiente,* la maravillosa crónica novelada de Martín Luis Guzmán, en que cuenta la entrada en México del narrador y sus compañeros, para ir a engrosar las columnas revolucionarias: «Ir de El Paso, Texas, a Ciudad Juárez, Chihuahua, era, al decir del licenciado Neftalí Amador, uno de los mayores sacrificios —¿por qué no también una de las mayores humillaciones?— que la geografía humana había impuesto a los hijos de México que andaban

por aquella parte de la raya fronteriza. Mas es lo cierto que esa noche, al llegar de San Antonio, Pani y yo sufrimos la prueba con un fondo de alegría donde retozaban los misteriosos resortes de la nacionalidad: entregándonos a la íntima afirmación —allí palpable, actuante, profunda— de que habíamos nacido dentro del alma de nuestra patria y de que habríamos de morir en ella.

El espectáculo de Ciudad Juárez era triste: triste en sí, más triste aún si se le comparaba con el aliño luminoso de la otra orilla del río, extranjera e inmediata. Pero si frente a él nos ardía la cara a todo rubor, eso no obstante, o por eso tal vez, el corazón iba bailándonos de gozo conforme las raíces de nuestra alma encajaban, como en algo conocido, tratado y amado durante siglos, en toda la incultura, en toda la mugre de cuerpo y de espíritu que invadía allí las calles. ¡Por algo éramos mexicanos! ¡Por algo el siniestro resplandor de la escasas lámparas callejeras nos envolvía como pulsación de atmósfera que nutre!»

Y el lector siente esa misma emoción patriótica, ese asumir el destino, la suerte, los vicios y las virtudes del ser hispanoamericano, y rechaza el progresismo elemental y materialista de Neftalí Amador, como Unamuno o Azorín rechazaban la europeización elemental y materialista que algunos propugnaban para España. Ese progresismo que le hace decir a Amador: «—Esto es un potrero. Cuando la Revolución gane lo limpiaremos. Haremos una ciudad nueva; nueva y mejor que la de la otra orilla del río.» Palabras en las que no late ese algo entrañablemente humano, ese algo hecho de emoción dulcísima que hay en Guzmán a cada paso, aun en la más leve frase: «transitaban, rozándonos, prostitutas ruines —feas y dolientes si eran mexicanas; feas y desvergonzadas si eran yanquis.»

Algunos pasajes de dos obras antes mencionadas, *Frontera junto al mar* y *La virgen de los Cristeros,* probarán todavía mejor cómo ese sentido de lo nacional vibra en todas las novelas, las nutre y las anima. En *Frontera,* la obra de Mancisidor, se evoca el episodio de Veracruz, cuando los marinos norteamericanos se apoderan de la ciudad, por la estúpida, aunque bien intencionada, decisión de Wilson. Entre el conjunto de personajes, trazados magistralmente por el autor, que desfilan en el libro, se destaca la figura de Chespiar, cuya personalidad domina el barrio del puerto en forma predominante. Chespiar es un anarquista romántico, generoso, como los que conoció la Argentina en los primeros años del movimiento obrero, y que prolongaron su influjo hasta 1930. Las opiniones de Chespiar son definidas y tajantes; al día siguiente de la muerte de Madero dice: «—¿El gobierno de Madero? ¡Qué más me da! Yo no creo en los gobiernos, ni en las patrias, ni en ninguno de esos términos embusteros que algunos han inventado para medrar a la som-

bra y sobre el dolor y la miseria de los otros.» Y luego: «—Mi patria está aquí, en este barrio cercado por tan limitadas y estrechas fronteras. Y mi humanidad se encierra en las paredes que lo circundan. Estos pescadores hambrientos, con sus mujeres y sus hijos forman mi mundo, reducido y eterno a la vez. Tenga por verdad que esta miseria que usted descubre ensañándonos contra ellos, se reproduce a lo largo y a lo ancho de la superficie de la Tierra. ¿Para qué he de salir de aquí? ¿Huerta? ¿Madero? Todos pertenecen a la misma calaña. ¿La patria? Escuche· La patria es esta realidad: el hombre devorado por el hombre; royéndole las entrañas como el buitre a Prometeo encadenado...»

Sin embargo, los sentimientos connaturales con el hombre, como el sentimiento de patria, están más allá de toda ideología. Y la actitud de Chespiar en el final del libro, cuando lucha contra el invasor, como todos, en un solo haz de voluntades heroicas, lo prueba de manera cabal. Sus palabras últimas son como un comentario sobre lo grotesco de las ideologías. Y la muerte, que lo hermana con tantos héroes anónimos, presta sentido definitivo a la existencia de este filósofo de la anarquía.

Todo el final de *Frontera junto al mar* está henchido de un soplo de heroicidad y epopeya que revela hasta qué punto Mancisidor, acaso tan teórico como Chespiar en su ideología de izquierda, se ha consustanciado con la hazaña multitudinaria del pueblo veracruceño. Y nos da pasajes de plena belleza, donde personajes que aparecen sólo en una página cobran una estatura que los hace inolvidables. Así el policía Gabino Vázquez, que surge y muere en el capítulo XIV. Marcha por la calle lleno de alegría. Acaba de ser padre, y le han anunciado un ascenso. Entonces ve pasar a su lado hombres enloquecidos y ululantes y, tras ellos, un pelotón de marinos yanquis con las armas embrazadas. Da la orden de ¡alto!, y luego dispara su pistola contra los invasores. «Una descarga uniforme, a unos cuantos pasos de distancia, lo abatió en seguida. Su sangre, corriendo generosamente, fertilizó la tierra en que había nacido.»

En la obra del escritor cristero Fernando Robles, la figura de Carlos de Fuentes y Alba está también henchida de patriotismo, cargada de ideas de mejoramiento para el pueblo: «Veía en la miseria del peón mexicano el obstáculo más tremendo para el desarrollo del país; creía que la tierra, después de preparado el campesino para poseer y trabajar con éxito, debía ser de quien vive en ella, de quien la ama cultivándola, mejorándola.» Y en la emoción de la llegada al país, lleno de esperanzas, y en la emoción de la partida final, cuando lo ha perdido todo, bienes, la mujer amada, hasta la patria misma, desangrada en atroz guerra civil, está latiendo ese amor a México, que también se da en la

biografía de José de León Toral, al que Robles llama *El santo que asesinó.*

Pero esa emoción de patria surge a cada paso en las novelas que estamos considerando: en pasajes insignificantes, en meros detalles, aparece esa aversión al gringo, hermana de la que le hace decir a Martín Fierro:

Yo no sé por qué el gobierno
nos manda aquí a la frontera
gringada que ni siquiera
se sabe atracar a un pingo;
si creerá al mandar un gringo
que nos manda alguna fiera.

Así, en *Cartucho,* de Nellie Campobello, Pablito, uno de los participantes del asalto villista a la población estadounidense de Columbus, «como última voluntad pidió no morir frente a un americano que estaba entre la multitud». Y en *Se llevaron el cañón para Bachimba,* Marcos Ruiz ordena a Abásolo, casi un niño, que fusile a un gringo. Y ante su ¿por qué?, aclara: «Porque es un extranjero que vino a matarnos por negocio, un filibustero, un criminal en cualquier parte del mundo.»

En libro más reciente, la excelente novela de Fernando Benítez, *El Rey viejo,* hay una pasión de México y una aversión al gringo, especialmente al yanqui, que nace, seguramente, de la experiencia acumulada con respecto a la incapacidad de comprensión que el extranjero muestra para entender los problemas mexicanos, a los que ve desde una suficiencia absurda de «civilizados», que no pueden entender a ese pueblo que consideran «inferior». Hasta un espíritu como el de Graham Greene lo deja entrever en su *Caminos sin ley.*

La amargura crece en el corazón del protagonista, que creemos identificable en ese aspecto con el propio Benítez, frente a la visión que de la muerte de Carranza darán los periódicos del gran país del Norte. Y dice:

«En el exterior, quiero decir, en los Estados Unidos, que es todo el exterior que cuenta para Méjico, los comentarios sobre el asesinato se tiñen de una extravagancia peculiar. La oficina de *El Universal,* en Nueva York, ha mandado este cable: «En los círculos financieros de Wall Street ha sido recibida con júbilo la muerte del ex presidente, según notas publicadas por cinco reporteros de los más importantes diarios de esta ciudad, quienes en su sección financiera atribuyen al asesinato el alza que se notó en los valores mexicanos, especialmente los petroleros.»

«Si en su página financiera el honorable *New York Times* se une al regocijo unánime de Wall Street, en su editorial titulado «La sangrienta traición mexicana», no oculta la preocupación que le causa el futuro de nuestro país. ¿Qué puede esperarse, en efecto, de un pueblo acostumbrado a deshacerse de sus gobernantes por medio del crimen? ¿De un pueblo que produce en serie ilustres asesinados, en lugar de producir hojas de afeitar, automóviles o latas de conserva?

»El editorialista no logra reprimir su indignación cuando sentado frente a su máquina de escribir y teniendo a sus pies la ciudad de Nueva York medita sobre las reiteradas ofensas que ese país analfabeto causa a la civilización cristiana de la cual es uno de sus representantes y orgullosos defensores. Apenas ayer se le había perdonado a Méjico el asesinato del presidente Madero y ya vuelve a ocupar el banquillo de los acusados. De hecho, en los últimos diez años nunca ha dejado de ocuparlo, y Occidente mira con horror y desprecio a ese criminal, cuya única industria parece consistir en la fabricación de cadáveres, con el agravante de la forma en que son fabricados, ya que esos crímenes carecen de dignidad y se ofrecen más bien como el producto de una bufonería, de algo destinado a la risa y a la burla de todos, de algo, en fin, que no tiene grandeza dramática, sino los caracteres de una comedia o de una ópera bufa.» Y páginas después agrega el desdichado protagonista, tan grande en su pequeñez y en su cobardía: «Las injurias de los asesinos ahogaron la voz del rey viejo. El era la víctima elegida, el cordero que acudió por su voluntad al lugar del sacrificio, pero esta víctima ya no es otra cosa que un rey de burlas. Su lucha contra la tiranía del espadón, su defensa de un río de petróleo, su esfuerzo heroico por devolverle a México una dignidad siempre escamoteada, son apenas un incentivo para vilipendiarlo. En Nueva York hay regocijo. En México sólo se escuchan las carcajadas del caudillo victorioso...»

En este amargo retrato de lo que es el periodismo serio —no demasiado exagerado, por cierto— y de lo que es la visión cargada de retóricas declamaciones sobre el derecho afrentado, de los sucesos mexicanos, por la «opinión pública» de los Estados Unidos, se advierte el recuerdo de afrentosos artículos publicados realmente en ese país. Así, por mencionar uno, recordemos el que apareció en el *Mining et Engineering*, de Chicago, el 25 de abril de 1914, que transcribimos del libro de Isidro Fabela *Historia diplomática de la Revolución Mexicana* (tomo I, página 347), en algunos de sus párrafos más brutales.

«México debe ser territorio de los Estados Unidos y sus habitantes ciudadanos norteamericanos.

»La guerra que ha de purgar a México de sus podridos sistemas de gobierno y de sus grandes turbas de bandidos, faltos de todo respeto

a la ley, tiene ya proporciones considerables, y permítasenos confiar en que se impulsará con gran vigor y se llevará a feliz término. Las tareas que nos hemos impuesto y que tenemos por delante son inmensas. Está bien que nosotros digamos que nuestra lucha es solamente para eliminar a Huerta y que no sentimos enemistad alguna hacia el pueblo mexicano, pero ¿creerá esto el pueblo de México? ¿Lo creerán los llamados rebeldes? Indudablemente que no, porque no está en su naturaleza.

»Una raza que en su mayor parte está compuesta de mestizos de indios y aventureros españoles no puede fácilmente creer que peleamos por demostrarle nuestro amor. Durante siglos ha sido víctima de la opresión, de la superstición, de la degradación de todas sus autoridades. Y si sospecha de nuestros propósitos, no debe culpársele por ello.

»Ahora bien, considerándonos sus enemigos, la nación se unirá para combatirnos. No nos hagamos ilusiones a este respecto. Aún aquellos que odian a Huerta se pondrán de su lado para pelear contra nosotros. Hoy o mañana, muy pronto nos encontraremos en guerra con México. Sabemos qué clase de guerra será ésta. Tenemos experiencias análogas. La lucha no ha de ser muy larga; no durará los cinco años que piensan algunos; pero probablemente dure tres. Acabaremos la conquista prontamente, y entonces haremos por México lo que hemos hecho por Cuba, por Puerto Rico y Filipinas: salvar al pueblo de sí mismo.

»Nuestro deber es libertar al país del sistema empleado por ladrones, asesinos y cohechadores. El pueblo mexicano ha demostrado que no es bastante fuerte para gobernarse de una manera estable. Ahora que tomamos por nuestra cuenta el asunto, estamos obligados a garantizar al mundo, que en lo sucesivo el gobierno de México será conducido de un modo benéfico para los intereses del mismo pueblo mexicano y de los extranjeros que allá residan o hagan negocios. Sólo en estas condiciones podrá hacerse una transacción honrada sin temor de molestias.

»Para llegar a esto debemos convertir a México en territorio de los Estados Unidos y a los mexicanos en ciudadanos norteamericanos. Entonces aprenderán lo que significa vivir en un país libre y bajo un gobierno verdaderamente democrático.»

Después de leídos estos párrafos, ¿puede alguien extrañarse de la desconfianza contra el extranjero, contra el yanqui, en los novelistas de la Revolución? ¿Puede alguien extrañarse aún de la visión feísta de *El alba en las simas,* de Mancisidor, donde evoca los días de la nacionalización del petróleo y las maniobras de las compañías extranjeras por impedirlo y derribar al presidente Cárdenas? ¿Cabe extrañarse hasta de cosas tan injustas como las hipótesis que expone sobre

el porqué de la «política de buena vecindad de Franklin Delano Roosevelt?

Otro de los aspectos destacados de la novelística de la Revolución es el relativo al ímpetu vital, a la realización de la personalidad, al concepto de destino compartido y a la adhesión —nacida del sentido humano de la amistad y la admiración— hacia un jefe, un caudillo, un dirigente. Vamos a considerar estos aspectos.

Sabido es que un movimiento revolucionario, que rompe las estructuras formales de una organización social dada, ofrece salida a todas las fuerzas humanas que, por lo general, son reprimidas por la existencia del mismo cuerpo social. Y los hombres, que en lo hondo de sí sienten la mezquindad de sus destinos humildes, cotidianos, la chatura de sus formas normales de vida, encuentran posibilidad de expansión, de realizarse en plenitud vital. Sea para el bien, sea para el mal, la oportunidad está dada. Y mientras algunos desarrollan sus más altas fuerzas naturales y llegan a los extremos de la heroicidad y el sacrificio, otros desencadenan los instintos más primarios, los impulsos más salvajes. En la misma persona pueden darse ambas cosas. Sarmiento, en su retrato genial del «Tigre de los Llanos», ofrece notables antítesis entre los rasgos de brutalidad y los de generosidad y coraje en su héroe. Del mismo modo los novelistas de la Revolución mexicana, sobre todo al pintar la figura que de modo más inequívoco representa el desarrollo de los instintos vitales, Pancho Villa.

En *El águila y la serpiente,* Martín Luis Guzmán nos presenta los casos más diversos en la actuación del jefe de la División del Norte. Así lo vemos proceder con fría y deshumanizada crueldad cuando, para procurarse dinero, fija determinada suma que han de entregar los hombres pudientes de una localidad ocupada. Señala la hora en que deberán pagar, con intervalos de media hora, desde el primero al último de la lista. No paga el primero, y es ahorcado. Los demás abren su bolsa. Cuando se le señala el error de haber puesto, para encabezar los forzados contribuyentes, a un pobre diablo que no tenía cómo conseguir el dinero exigido, Villa contesta con indiferencia «que era necesario matar a uno para que pagaran los otros.» Y con esa impavidez condena a un pobre, para no perder de cobrarle a todos los que tienen.

Junto a eso, el momento en que Villa, que ha ordenado a uno de sus capitanes fusilar a todos los prisioneros que tomó, aunque ellos se habían rendido con promesa de respetarles la vida, se convence —por las palabras de Guzmán y de otros— de la enormidad de esa orden, y está desesperado ante el telégrafo hasta que puede enviarse nuevo mensaje, y sabe, por la respuesta, que los prisioneros se han salvado.

Otro caso de ferocidad, ya en plena ficción, lo vemos en *¡Vámonos con Pancho Villa!*, de Muñoz, cuando mata a la mujer y a la hija de Tiburcio Maya, para que éste sepa «que ellas no van a pasar hambre, ni van a sufrir por tu ausencia», y para que aquél pueda seguirlo en sus nuevas andanzas de guerrilla. Tiburcio Maya, con su hijo varón, sigue al jefe, dispuesto a dar su vida por él...

Podría afirmarse que ninguno de los autores de esta novelística deja de rendir homenaje a este personaje de leyenda, que en todos late la admiración. En Guzmán, que estuvo a su lado, que contribuyó a destruirlo—para seguir la política de Eulalio Gutiérrez—, que facilitó así su derrota ante Obregón, esa admiración aparece a cada paso en *El águila y la serpiente*, sobre todo en ese final emocionante en que Villa le dice: «—No me abandone, licenciado; no lo haga, porque yo, créamelo, sí soy su amigo. ¿Verdá que no se va para abandonarme?» Y años más tarde le rinde tributo en esas «Memorias de Pancho Villa», donde parece tomar forma el remordimiento, y en cuyo prólogo afirma que Villa valía más, por su sinceridad, que todos los otros. Caso semejante es el de Azuela, en el final de *Las moscas*.

Hasta el mismo Fernando Robles, cuyo padre fué muerto por una partida villista, rinde, en parte, homenaje al Napoleón mexicano en *El santo que asesinó*, al decir, comparándolo con otros: «el bandido Pancho Villa, que no supo de claudicaciones nacionales».

Junto con la figura de Villa hay mil en las novelas de la Revolución, como las hubo en la realidad misma, que también representan ese exaltado desarrollo de la personalidad, de todas las fuerzas de la naturaleza humana que en las épocas opacas de normalidad no pueden desenvolverse en libertad. Demetrio Macías, el héroe de *Los de abajo;* Tiburcio Maya y los demás leones de San Pablo, en *¡Vámonos con Pancho Villa!;* Marcos Ruiz, en *Se llevaron el cañón para Bachimba;* Felipe Rojano y Máximo Tepal, en *La escondida*, por sólo mencionar algunos nombres, tipifican esa capacidad que el momento revolucionario da al hombre para la total expansión de sus aptitudes.

Claro está que en el unirse a «la bola, como la llaman los mexicanos, puede haber y hay, en muchos casos, mucho de ambiciones mezquinas, de afán de riqueza en los «avances», es decir, en el saqueo. Eso es lo que reconoce Robles en *La Virgen de los Cristeros:* «Ahora toda aquella gente iba a derramar su sangre por Cristo Rey, exactamente como aún hacía muy poco tiempo lo habían hecho por la Revolución Constitucionalista. Y del otro lado, otros hombres iguales a ellos los esperaban con el gesto feroz del homicidio, igualmente dispuestos a jugarse la vida empujados por el mismo instinto. Ellos también se habían enganchado en el Ejército Federal para vivir la

vida intensa e inquieta del cuartel y del campamento; por correr de ranchería en ranchería imponiendo terror con sus desmanes, por cambiar de mujer en cada ciudad de guarnición y por ver cerquita la muerte en los combates con los cristeros... La vida..., «si me han de matar mañana, que me maten de una vez», decía la canción, y era verdad, la vida no tenía para ellos ningún valor; por eso, despreciando la propia, disponían con frialdad de la del adversario. ¿Quién perdía el sueño por haber fusilado a alguno?»

Así, a la pasión, al impulso vital se une el afán logrero, de beneficios personales, que será una de las causas de los fracasos de esta Revolución de México, como lo es de la caída de otras nacidas al principio con fines generosos. «La pureza de una revolución puede conservarse quince días», ha dicho Jean Cocteau con aguda y certera ironía. Y surge también, como resultado necesario, ya expreso en las palabras citadas de Robles, el estoicismo ante la muerte propia, y el encallecimiento moral ante el espectáculo de la muerte ajena, casi la sensación de que ella nada significa, nada debe preocuparnos. El caso extremo en este sentido lo dan los relatos de Nellie Campobello, donde revive sus emociones de niña, criada en la zona que Pancho Villa dominó. En el capítulo «Desde una ventana», de *Cartucho,* recuerda cómo fusilaron al pie de su ventana «a un joven sin rasurar y mugroso, que arrodillado suplicaba desesperado, terriblemente enfermo, se retorcía de terror, alargaba las manos hacia los soldados, se moría de miedo». Y dice, al final: «Como estuvo tres noches tirado, ya me había acostumbrado a ver el garabato de su cuerpo, caído hacia su izquierda, con las manos en la cara, durmiendo allí, junto de mí. Me parecía mío aquel muerto. Había momentos que temerosa de que se lo hubieran llevado, me levantaba corriendo y me trepaba en la ventana. Era mi obsesión en las noches, me gustaba verlo porque me parecía que tenía mucho miedo.

»Un día, después de comer, me fuí corriendo para contemplarlo desde la venta, ya no estaba. El muerto tímido había sido robado por alguien, la tierra se quedó dibujada y sola. Me dormí aquel día soñando en que fusilarían otro y deseando que fuera junto a mi casa.»

Hay otra constante, diríamos, de la novela de la Revolución, que se traduce en el descreimiento en sus fines últimos y en sus logros en el mejoramiento de las clases populares. Esta, que podría entenderse como crítica interna, no es un sentimiento antirrevolucionario, sino un deseo de que los principios en cuyo nombre se inició la lucha no fuesen traicionados, de que no se aprovechara el hambre de justicia para levantar nuevas castas privilegiadas mientras otros sectores quedasen

privados de lo más elemental. Vamos a seguir esta actitud disconformista en algunos de los escritores de la Revolución, para tomar contacto pleno con la realidad que esas ficciones ponen de manifiesto. Un primer caso, el de Mariano Azuela.

Este escritor, figura muy representantiva de la literatura mexicana, es ejemplo claro de una conciencia lúcida, de insobornable adhesión a la verdad o, al menos, a lo que él creyó la verdad. Actor él mismo en la Revolución, como integrante de una partida villista, ha dejado en las novelas el testimonio de lo que fué aquella explosión popular, aquel tremendo estallido contra un régimen que se despreocupaba de la miseria de las masas. En toda su obra, a partir de *Los de abajo,* la más famosa, la que le ganó nombradía internacional, hay una sensación de frustración, de fracaso por el no cumplirse de los sueños.

En esa novela, en la persona de Luis Cervantes, donde Azuela puso —cruelmente distorsionados— rasgos de su propia personalidad, da el retrato del logrero, del que se pasa a la Revolución porque supone que ésta le ha de dar, con su triunfo, riquezas y poder. Su meta es el botín y la confianza del jefe. No vacilará, para ello, en engañar a Camila, que lo ama ingenuamente; en atraerla con promesas para entregarla a Macías, que está encaprichado con la muchacha. Cervantes, es evidente, ha aprendido muy bien la lección que le dió el sargento federal, en los días en que todavía estaba con el porfirismo y escribía artículos violentos contra los facciosos y anarquistas que pretendían destruir el orden constituído. El sargento, descorazonado de su bando, aclara: «—Yo soy voluntario, pero me he tirado una plancha. Lo que en tiempo de paz no se hace en toda una vida de trabajar como una mula, hoy se puede hacer en unos cuantos meses de correr la sierra con un fusil a la espalda. Pero no con éstos, «mano», no con éstos...» Y Cervantes se pasa así a los otros, a los de abajo; se une a hombres como Macías, que han reaccionado contra el feudalismo rural y han enfrentado a una política hecha sólo para favorecer a los poderosos, y se han convertido por eso, como nuestro Martín Fierro y los gauchos de las últimas montoneras, en «gauchos malos». Hablando con el jefe de la partida, en el primer contacto, Cervantes habla de ideales:

«—Yo he procurado hacerme entender, convencerlos de que soy un verdadero correligionario...

—Corre... ¿qué? —inquirió Demetrio tendiendo una oreja.

—Correligionario, mi jefe..., es decir, que persigo los mismos ideales y defiendo las mismas causas que ustedes defienden.

Demetrio sonrió:

—¿Pos cuál causa defendemos nosotros?»

Las muchas escenas de pillaje que hay en la novela muestran cuán-

tos fueron los que engrosaron las filas revolucionarias por ese solo incentivo, por mera ganancia personal; y otras mil en que estallan la violencia y el coraje, el enorme número de los que lo hicieron para dar salida y desahogo a su ímpetu vital. Y como la guerra civil se prolonga, como se dividen las fuerzas revolucionarias, los primeros optan por la seguridad. Luis Cervantes se «retira» a tiempo, y se establece cómodamente en El Paso, ya en la tranquila tierra yanqui, donde disfrutará de lo «ganado» en los avances revolucionarios. Mientras tanto los de abajo, los verdaderos «de abajo», Macías y los suyos, prosiguen hasta su cita con la muerte. Ya Demetrio lo había expresado ante la pregunta de su esposa, en la última vez que se encuentran: «—¿Por qué pelean ya, Demetrio?», arrojando una piedrecita al fondo del cañón y diciendo: «—Mira esa piedra cómo ya no se para...»

Dos concepciones de la vida, dos actitudes en situaciones límites, se dan así, enfrentadas, en ese relato donde Azuela mostró su talento y su capacidad testimonial.

Otros autores del ciclo que estamos considerando han hecho retratos no menos perfectos de la mentalidad que ve, en todo proceso social, ocasión de sacar ventajas. En el fondo, lo único que hay es resentimiento y deseo de ocupar el puesto que ahora tienen los otros. En *La revancha,* de Agustín Vera, leemos palabras desesperanzadas en labios del socialista Romero (cap. XII), a las que responde el general revolucionario, incapaz de comprender esas preocupaciones y esos melindres: «—¿Qué pa qué sirvió la Revolución? Pos pa eso precisamente: pa tumbar a los de arriba, pa matar a los ricos malditos que nos estuvieron chupando la sangre durante tantos años, pa acabar con todos los que nos tenían oprimidos y esclavizados y ser ora nosotros los que nos pongamos en su lugar. ¡Esta es nuestra revancha! ¡Esa es la revancha de los de abajo, de todos los que teníamos hambre, de todos los que con nuestro sudor amasamos la fortuna de los que estaban arriba! ¡Ora somos nosotros los que mandamos...! ¡Ora somos nosotros los de arriba...!»

Frente a esta filosofía, se explica el desaliento de Solís, otro personaje de *Los de abajo,* en su conversación con Cervantes (cap. XVIII):

«—Yo pensé una florida pradera al remate de un camino... Y me encontré un pantano.» Amigo mío: hay hechos y hay hombres que no son sino pura hiel... Y esa hiel va cayendo gota a gota en el alma, y todo lo amarga, todo lo envenena. Entusiasmo, esperanzas, ideales, alegrías... ¡nada! Luego no le queda más: o se convierte usted en un bandido igual a ellos, o desaparece de la escena, escondiéndose tras las murallas de un egoísmo impenetrable y feroz.»

Y frente a la filosofía de la «revancha», se explica también el terror

y la defensa de los de arriba. Azuela la registra en uno de sus libros. Así como en *Los de abajo* veíamos la lucha del pueblo que la emprende a veces sin saber a dónde va ni qué defiende, en *Los caciques*—que bien podría llamarse *Los de arriba*— Azuela nos muestra la acción de quienes saben bien lo que defienden: sus privilegios, su derecho a seguir explotando la miseria y la ignorancia de los otros, a continuar con sus sagrados negocios, en esa postura en que todo está permitido, hasta aprovechar una disposición testamentaria del fundador de la casa «Del Llano Hermanos, S. en C.», la donación de un dinero a los pobres, para lograr una inversión lucrativa.

La revolución maderista, con sus tímidas reformas, horroriza a los caciques y a sus turiferarios. Aunque aprovechan toda oportunidad para introducir algunos de los suyos entre los vencedores del momento, su mira es destruir al nuevo régimen. Recordemos las palabras de Villeguitas, uno de los personajes secundarios: «Al abismo vamos. ¡La paralización de los negocios, la muerte del comercio, de la industria, de la agricultura!» Y el coro aprobatorio: «¡La ruina del país!» «¡El desquiciamiento social...!» «Sin respeto ya a la sociedad, ni a las familias, ni a la Religión.» «Es absurdo esto de que nosotros, la parte sana y honesta, quedemos a merced de los haraganes, de la plebe...»

Cuando la revolución pacífica, dentro de la ley y sin violencias, que soñaba Madero, fracasa por la traición de Huerta, y con el asesinato del presidente y el vicepresidente, los caciques celebran el hecho con fiesta discreta en la que hay gran animación, cordialidad, alcohol y discursos. Y se dicen: «—Felicitémonos de haber encontrado la mano de hierro que necesita la nación. Ahora tenemos gobierno de verdad, gobierno de gente decente y honrada.»

Cuando el pueblo de abajo reacciona contra Huerta y una nueva ola revolucionaria llega, con líderes más violentos, la destrucción de la casa «Del Llano», consumida por las llamas, cobra el carácter de un símbolo.

Azuela refleja así, en esas dos novelas, la realidad tal como la vió y la sintió, con pasión de protagonistas; para él las bajezas del bando revolucionario, nacidas en gran parte de la ignorancia y la miseria, no compensan las de las clases poseedoras, ajenas a todo sentimiento de hermandad y caridad auténticas, sordas al dolor del pueblo.

Una tercera novela, que hace juego con las mencionadas, *Las moscas,* acaso resulte la más vigorosa como retrato de otra clase distinta, la clase media, o por mejor decir un sector de ella, el de los empleados administrativos, el de los integrantes de la máquina burocrática. La clara cabeza de don Rodolfo, verdadero «profesor de energía», como le llama Azuela, remedando la dura denominación que para Teodoro

Roosevelt acuñó Rubén Darío, discurre con frialdad mientras espera que se decida la disputa entre los bandos que dividen a los vencedores de Huerta. Y dice: «La Revolución es medio cierto de hacer fortuna, el gobierno es el único capaz de conservarla y darle el incremento que amerita; pero así como para lo primero es indispensable el rifle, el oficinista lo es para lo segundo. Ellos quieren hacer gobierno solos y son como las piedras lanzadas a las alturas que no fueron hechas para las piedras. Caerán irremisiblemente, y como nosotros representamos una fuerza incontrastable, la fuerza de la inercia, o caen en nuestras manos o se aniquilan en plena anarquía.» Y en la retirada de los villistas: «—Me quedo y sé a qué me atengo. Cuento con amigos y colegas que ocupan ya altos puestos en el gobierno del señor Carranza. Se lo repito: nos necesitan, les somos indispensables, y si logran hacer gobierno, les seremos más necesarios de lo que hoy les son los fusiles.»

En estas palabras del personaje se expresa todo el dolor de Azuela, porque las sabe verdaderas; sabe que la nueva burocracia será tan sórdida como la que sirvió a los intereses extranjeros, a los miembros de las compañías deslindadoras, a los terratenientes feudales, al progreso de los llamados «científicos» en el largo gobierno de Porfirio Díaz.

Otras novelas posteriores del gran narrador mexicano prueban que tales fueron sus convicciones. Así lo evidencia la lectura de *Nueva burguesía,* aparecida en Buenos Aires en 1941. Allí ofrece un cuadro crudo de la realidad del proceso político y social durante la presidencia de Cárdenas. La respuesta gubernista a la manifestación opositora del candidato Almazán, el preparado acto de solidaridad con el candidato oficial, Avila Camacho, Presidente de México cuando apareció la novela, deja un sabor amargo. Vemos el arrear de los obreros y campesinos, hacinados en los trenes para que lleguen a la capital a engrosar la manifestación gubernista; y vemos retratada la clase sindical superior, en esos dirigentes burocráticos que creen hacer gran favor a los obreros cuando les tienden la mano desganadamente o escuchan sin interés sus reclamaciones. Parece que oyéramos el clamor de tantos que cayeron en la lucha revolucionaria: ¿Fué para esto?

No debemos creer, por lo antedicho, que Azuela sea un contrarrevolucionario. Testigo insobornable de lo que vió, de los aciertos y los errores, sirvió más a México dando su realidad que si hubiera hecho propaganda y echado al viento la pintura de un mentido paraíso. No errores, sirvió a México así; se lo sirve con la denuncia y con la verdad, como Azuela, fiel a su revolución ideal y a su conciencia de hombre. Y como él, lo sirvieron Guzmán, Magdaleno, López y Fuentes, Robles, Mancisidor, Benítez...

La fama de Martín Luis Guzmán, al que queremos referirnos ahora, se sustenta, sobre todo, en la extraordinaria crónica del proceso revolucionario que tituló *El águila y la serpiente;* pero también en la novela *La sombra del caudillo* y en las *Memorias de Pancho Villa,* donde late el remordimiento del autor por sus actitudes anteriores hacia el caudillo de Durango.

Ya en *El águila y la serpiente* alentaba un aire de desesperanza, de frustración, de fracaso. Las «esperanzas revolucionarias» que dan título a la primera parte, se desvanecen mucho en la segunda, «en la hora del triunfo». Rivalidades, apetitos, puja por el poder donde triunfan los más hábiles, los más inescrupulosos. Las figuras más populares del movimiento, más poderosas después, se dan con tintas muchas veces oscuras. En Carranza aparece un megalómano, henchido de vanidad, gustoso de la adulación, que regatea los méritos ajenos y premia a sus paniaguados. Y Obregón, que afirmaba que los jefes de la revolución no debían ocupar cargos en el nuevo gobierno, aparece como un ambicioso vulgar, un negociante de la Revolución. Solamente Villa, con sus luces y sombras, con su barbarie llena de grandeza a veces, se salvará. Y también Eulalio Gutiérrez y sus partidarios entre los que se contó el propio Guzmán. Y Felipe Angeles, Iturbe, acaso Zapata, y algún otro, de mayor o menor figuración en el proceso.

Pero la crítica a la revolución está dada en *La sombra del caudillo,* pintura descarnada de un momento sangriento de la misma. Aunque no se fija fecha, no cabe duda de que los hechos ocurren en un período que parece unir las características de 1923-24, antes del triunfo electoral de Calles para suceder a Obregón (días en que se produce el asesinato de Villa, por temor a que apoyase la candidatura de Adolfo de la Huerta; la rebelión de Cavazes, Sánchez, Estrada, García Vigil y Diéguez, y el fusilamiento de estos dos últimos después del triunfo oficial), y también las características de 1927-28, con los sucesivos fusilamientos del General Serrano, candidato a presidente, y sus acompañantes; y del General Arnulfo Gómez, también candidato a Presidente, con lo que se allana la reelección de Obregón. La muerte de Aguirre, en la novela, tiene todas las características de la que sufrió Serrano; pero el caudillo parece tomar más los caracteres de Obregón que los de Calles.

Guzmán traza en su novela un cuadro terrible de la descomposición política del régimen instaurado por la Revolución. La posición de los rivales, Aguirre y Jiménez, se da en pocas frases. Tras de referir el doble juego de los jefes con mando de tropa, dice Guzmán: «De este modo, Jiménez por su lado, y Aguirre por el suyo —pese a la expe-

riencia de los dos en tales asuntos—, se sentían a una dueños de casi todo el ejército.»

La desconfianza del caudillo y de Jiménez obligan a Aguirre a la ruptura. Frente a su sinceridad, Jiménez persiste en la farsa de las grandes palabras. Pero la realidad es un juego terrible de grupos y presiones. Asistimos al sórdido espectáculo del Congreso, al atentado político, las torturas, la traición, el asesinato, como instrumentos de gobierno. Y cuando cae Aguirre, víctima de la delación y la emboscada, y es asesinado, todavía el Presidente lanza sus mentidos comunicados sobre la supuesta sublevación de aquél.

Si a través de obras como *Nueva burguesía* y *La sombra del caudillo* vemos el desengaño y la desilusión de quienes creyeron en los postulados revolucionarios en cuanto a la suerte de los obreros y el mejoramiento de los hábitos políticos —porque reflejan un estado de cosas que, al menos en lo ético, no es mejor que el del porfirismo—, nos quedaría por ver cómo otro de los proyectos iniciales se dió en la realidad. Nos referimos al problema agrario, al de la injusticia para el campesino, parte fundamental de la población de México. Ya presente en el Plan de San Luis de Potosí, intensificado y clarificado en el de Ayala, el problema agrario y su solución, fué una de las metas revolucionarias. «La tierra a los que la trabajan» parecía fórmula absoluta y precisa. Y la devolución de los ejidos a las comunidades indígenas.

La historia de esa revolución agraria anunciada en los planes y de la mentira de muchas promesas queda registrada en la obra de algunos de los narradores mexicanos. Unos pocos e ilustres nombres bastarán para mostrar, también aquí, la sensación desilusionada que estos escritores expresan. Juan Rulfo, el autor de *Pedro Páramo* y *El llano en llamas;* Gregorio López y Fuentes, creador de *¡Tierra!* y *El indio;* Mauricio Magdaleno, en *El resplandor,* son ejemplos válidos. Acaso sólo en *¡Tierra!* haya un soplo optimista, que nace de la comparación entre el estado prerrevolucionario, pintado con descarnada realidad, y lo que siguió. En las páginas que corresponden a 1910, capítulos II y III, nos revela cómo los patrones ahogaban toda posibilidad de rebelión, y cómo se despojaba a los trabajadores en la tienda de raya. A través del libro vemos la lucha de los hombres de Morelos por alcanzar justicia y libertad, vemos caer en la emboscada al jefe agrario, en 1919, y crecer en mito de su resurrección y cabalgatas nocturnas. Pero se advierte un avance real en la condición del asalariado.

Otra novela de López y Fuentes, *El indio,* ganadora del Premio Nacional de Literatura, es la historia de una gran traición, la de la mentira organizada para explotar y mantener en servidumbre a los

indígenas, que fueron en gran parte motor de la revolución, y componen la mayoría de la población mexicana. Para mayor dolor, es uno de ellos mismos, el maestro indio, el que los lleva una vez más a servir como carne de cañón para los intereses de los grupos políticos de la ciudad. Y el más duro sarcasmo cierra la novela.

El tema que se da en *El indio* alcanza grandeza y perfección en *El resplandor,* una de las más recias y logradas novelas del ciclo que estamos estudiando. El dolor de la tierra alcanza en ella emoción y dureza. Los dos pueblos enemigos, San Andrés de la Cal y San Felipe Tepetate, están habitados por las mismas criaturas sufrientes y vencidas. La capacidad descriptiva de Magdaleno duele como una llaga. Cuando el cura los deja para irse a la ciudad, harto de esa feligresía lamentable, dice el autor: «La energía, en la tierra del otomí, se reconcentra en longevidad y en monstruoso mimetismo con el mineral y el cacto. Cincuenta, cien años son nada, un minuto en la existencia del páramo. Donde nunca floreció la esperanza de algo, tampoco tiene razón de ser la medida de nada. Allá, tras lomita, dice el indio, y quien inquiere corre días y días y no alcanza el sitio buscado. Tras lomita, dentro de veinte años, y la voz repite la monótona naturalidad de un paisaje sin fronteras, y que por lo mismo es ajeno a la noción del tiempo y del espacio. Veinte años..., toda una vida, que a fin de cuentas no suma sino ochenta, noventa o cien, cuando bien va..., ¿qué más da para quienes no pueden conjugar los nerviosos resortes de la conciencia... Para quienes el nacer y el morir no son más que los cabos de una suerte tremenda? Ni la piedra, ni el nudoso órgano, ni el mezquite se quejan. ¿Por qué habían de quejarse? El otomí sólo sabe que su muerte será menos sentida que la de la mula o el buey que dan el sustento a una familia. Los ojos columbran las distancias y las bocas callan. El cura los abandonaba, Dios los abandonaba, como decía don Melquiades..., ¡ya se acostumbrarían también a pasársela sin ellos!».

Frente a estas pobres gentes, la artería y la retórica de los blancos y la de aquéllos que se han contagiado del blanco: promesas y discursos. Cuando esas míseras criaturas esperan del Coyotito, de uno de ellos, de aquel niño indio que fué llevado a la ciudad para que se instruyese y les sacara de su triste situación, cuando ese Saturnino Herrera es candidato a gobernador, cuando todas las esperanzas están puestas en él, el vate Pedroza dirige la palabra a los tristes hijos de San Andrés. La caricaturesca visión del acto proselitista recuerda a Quevedo o a Valle: «¡Pueblo de San Andrés de la Cal! Estamos por fin en la tierra de Saturnino Herrera, el candidato de los de abajo a la primera magistratura de nuestro querido Estado. Venimos como los ciudadanos griegos en el areópago...»

»De allí en adelante nadie entendió una sola frase más de la huracanada alocución de Pedroza, ni aun Esparza, que le seguía la verba con una atención desesperada e inútil y que asentía de cuando en cuando, ratificando vivamente tal cual concepto enrevesado y pedante del intelectual. Era un diluvio que parecía no tener fin, una verdadera inundación de tropos, metáforas, citas, recuerdos históricos, sentencias y cuanto hay de recursos oratorios para embobar a los ilotas y aburrir a los que no lo son. Salieron a relucir por primera vez en la inocente existencia de San Andrés de la Cal la democracia y el absolutismo; la Edad Media y las virtudes romanas, que encarnó Catón; las guerras Médicas y las guerras Púnicas; Alejandro, Aníbal y Napoleón; la revolución francesa y la revolución rusa; Dantón, Robespierre, Lenín, Trotsky, Carranza, Obregón, Calles y las reivindicaciones de las grandes masas hambrientas; Víctor Hugo y sus arengas al pueblo de París; las barricadas y la Comuna; Díaz Mirón y sus invectivas al pueblo de México; el porfirismo y la Iglesia, el reptil inmundo de las siete cabezas; tiradas y más tiradas, disparate tras disparate, palabras y palabras —como dijo el poeta—, el ave canta aunque la rama cruja... Ave César, los que van a morir te saludan..., la tierra es de quien la trabaja..., la riqueza es un crimen..., y, sin embargo, se mueve..., todo se ha perdido menos el honor..., el respeto al derecho ajeno es la paz..., *alea jacta est*..., bienaventurados los que sufran..., los ricos son la maldición del mundo..., proletarios de todos los países, uníos..., la religión es el opio de los pueblos..., o renovarse o morir..., los pueblos tienen los gobiernos que se merecen..., justicia inmanente..., ¿acaso estoy en un lecho de rosas?..., me quiebro, pero no me doblo..., más vale una muerte gloriosa que una vida infame...».

Y ese pueblo humilde, inocente, crédulo, se enrola en las huestes que van a dar el triunfo electoral al Coyotito, al Saturnino Herrera que se crió entre ellos y que un día marchó a la ciudad para educarse y volver a traerles la felicidad. Pero el nuevo gobernador, hombre de su sangre, uno de los suyos, será el más cruel de los expoliadores.

Todo el dolor de las masas traicionadas estalla en la rebelión cuando les quieren tomar a otro niño para llevarlo a estudiar a la ciudad: «le cambiarán el alma, le enseñarán a odiarnos», piensan los pobres otomíes. El poder los vence, y el niño es arrebatado para civilizarlo. El lector intuye que se gestará en él un nuevo Saturnino Herrera, que volverá a mentir, a utilizar y a explotar a esas míseras criaturas humanas.

Pocas novelas tan duras como *El resplandor,* pocas mejor escritas en el ciclo de la temática revolucionaria. Allí queda su denuncia y su protesta contra el incumplimiento de las promesas de reforma agraria,

como para lo político en *La sombra del caudillo,* y para lo obrero, en *Nueva burguesía.*

Otro aspecto de la realidad revolucionaria, antes aludido, que las novelas reflejan de manera más o menos precisa, es el sentido de solidaridad en un grupo, la sensación de ser parte de algo superior. Saint Exupery lo ha expuesto claramente en su obra, sobre todo en *Tierra de hombres.* Y Lawrence, el de Arabia, también lo sintió al unirse a las Reales Fuerzas Aéreas, donde revistaba en un puesto oscuro cuando encontró la muerte accidental. Así podría entenderse el sentido de la vida de muchos hombres que aparecen reflejados en las novelas cumbres del ciclo que estamos considerando. La relación humana que existe entre los hombres de Demetrio Macías, en *Los de abajo;* de Marcos Ruiz, en *Se llevaron el cañón para Bachimba;* en los seis leones de San Pablo; en los integrantes del grupo que sigue a Carranza, en *El Rey Viejo,* en su fuga hacia la muerte; en los cristeros que enfrentan al enemigo en el libro de Robles. Es el mismo sentimiento que hubo en la heroica partida de Pedernera en su retirada hacia el norte, por la quebrada, para salvar de profanaciones el cuerpo de Lavalle, que Ernesto Sábato ha relatado en *Sobre héroes y tumbas* de manera insuperable. Es el sentimiento que nace de una fe. Ese sentimiento confiere al hombre una dignidad especial, un sentido nuevo de la existencia que no son capaces de valorar y comprender quienes ven solamente en los movimientos populares la afloración de apetitos materialistas. La actitud de los soldados de Villa, en la primera visión que da de ellos Martín Luis Guzmán es clara en tal sentido: «Los soldados, sin moverse de su sitio, oían el parloteo de Amador con la solicitud del que no entiende, aunque comunicando a su manera ese dejo de altanería humildes, propio de nuestros revolucionarios victoriosos. *Altanería humilde:* sensación en la humildad de su fuerza, sensación de no ser inferiores a ese licenciado que les hablaba palabras inútiles, de ministerios y subsecretarías, a ellos, a los que creaban historia.

Y tales hombres son también un poco niños para entregarse, confiados, enteros, a aquel en el que sienten la solidaridad con sus destinos humildes, con su condición humana, tantas veces mancillada por los mayorales, los capataces y los caciques. Un soplo de paternalismo como forma de gobierno, el que se aplicó en España y en América, el que dió a nuestros caudillos la fuerza de arrastrar a pueblos enteros —se llamaran Artigas, Güemes, San Martín, López, Ramírez, Urquiza o Peñaloza—, es el que anima también las masas y los jefes de esa revolución mexicana, hecha de hondura popular, de ignorancia también, esa ignorancia de los analfabetos cultos (al decir de Salinas), que

saben dónde residen los valores esenciales. Por encima de los doctores que van a ser en definitiva los que ensucien toda revolución, llenándola de palabras y de ideologías, esos hombres, esos caudillos del pueblo sólo tienen ansia, sed de justicia. Saben que querían volver a su hogar, gozar de la paz, del derecho a trabajar sin explotaciones, sin ser sometidos a condiciones brutales; saber que sus hijas, que sus hermanas, serán respetadas y no juguete de la rijosidad de los señores o de sus paniaguados. Una instintiva pasión de libertad, de decencia, anima la entraña de los bárbaros que pueblan los ejércitos revolucionarios. Y su adhesión a los jefes que dirigen el movimiento es incondicional. Hemos visto un caso extremo en el Tiburcio Maya de *¡Vámonos con Pancho Villa!*, que sigue al hombre que lo abandonó una vez, enfermo, y que le ha matado la mujer y la hija. Cuando el caudillo, después de Columbus, está herido y oculto, Maya no traicionará su refugio. Y el oficial yanqui se espanta de esa fidelidad inexplicable.

Caso semejante es el de Macías, cuando Natera le pregunta qué ha de hacer al estallar la lucha entre Carranza y Villa. Responde: «Mire, a mí no me haga preguntas, que no soy escuelante... La aguilita que traigo en el sombrero usted me la dió... Bueno, pos ya sabe que no más me dice, Demetrio, haces esto y esto y esto... ¡y se acabó el cuento!».

Y Junto a Marcos Ruiz está Abásolo, casi un niño, que lo sigue cuando el jefe abandona la casa donde él, huésped forzoso, ha sido casi un prisionero. El muchacho, hermano del reserito de Güiraldes, que acaso le sirvió de modelo, sólo se apartará de Marcos cuando éste se lo ordene en forma imperiosa.

Así, millares de héroes anónimos desfilan por las páginas de las novelas de la Revolución, sin más mira que seguir a su jefe, como las soldaderas detrás de su hombre, incansables y fieles. Urbano, en *¡Tierra!*, la novela de López y Fuentes, expresa el dolor de todos los zapatistas cuando la traición mata al jefe: «¡Daría el pescuezo, daría mis hijos, con tal de tener un momento en mis manos a ese asesino!»

La adhesión y la fidelidad son pagadas en la misma moneda por los caudillos populares, algunos de los cuales tenían conciencia de lo poco que durarían sus conquistas en favor de la masa. En la entrevista de Xochimilco con Zapata, cuya versión taquigráfica da González Ramírez en el primer tomo de *Fuentes para la historia de la revolución mexicana*, Villa dijo: «Pues para ese pueblo queremos las tierritas. Ya después que se las repartan, comenzará el partido que se las quite.»

Con todo lo que tiene de trágica grandeza esta epopeya popular que costó por lo menos dos millones de muertos, con sus fracasos y frustraciones, con ese empuje vital y racial que nos trae a la memoria las

hazañas de los guerrilleros españoles, la defensa contra el invasor francés en la guerra de independencia, o las increíbles guapezas de nuestros caudillos federales y de sus hombres; la novela de la Revolución mexicana, al evocar ese movimiento multitudinario deja, para mí, como saldo más positivo el elevar nuestro espíritu hacia la comprensión de la unidad hispanoamericana, el devolvernos la fe en las virtudes de estos pueblos capaces de los grandes crímenes de que hablaba el editorialista neoyorkino en la ficción de Fernando Benítez; pero capaces también de todas las grandezas, hasta en el error y la crueldad. Esos pueblos que aspiran a vivir, como quería San Martín, libres de libertadores.

Y, además, la novela de la Revolución, al mostrarnos a sus hombres en plenitud, fuera de las recordaciones oficiales, sin arreos escultóricos, nos señala que ellos fueron eso, hombres, con todos los vicios y las virtudes de ese destino de bestia y de ángel que llevamos siempre con nosotros, y por sólo eso los únicos capaces, también, de conducir y plasmar empresas y destinos realmente humanos.

Luis Arturo Castellanos
Ayacucho, 2.154
Rosario (República Argentina)